

### III

## La condición humana en el Apocalipsis

En este tercer y último encuentro abordaremos la cuestión de cómo ve el libro del Apocalipsis la condición humana. No se trata, ni puede tratarse, de una exhaustiva búsqueda de una antropología teológica en el texto del último libro canónico del Nuevo Testamento. Tal empresa, así como la búsqueda de una cristología, una eclesiología o una teología internamente coherentes en la obra del Revelador, está destinada a serias dificultades. Como hemos destacado anteriormente, Juan no ofrece un tratado, ni una narrativa, ni siquiera un texto articulado a partir de respuestas a cuestiones situacionales. Aunque aquí y allá aparezcan pasajes que respondan parcialmente a estos modos, Juan ofrece una descripción de una visión, donde las imágenes se suceden, superponen, modifican, no siempre en forma ordenada. Hay incoherencias internas, sucesos que ocurren en una visión que en las siguientes visiones son ignorados, y eventualmente vuelven a ocurrir, ciclos repetitivos, figuras que aparecen y desaparecen inexplicablemente sin que pueda verse su sentido en un análisis racional. La compulsiva descripción de estas visiones (el autor recibe la orden: escribe, y no puede sino hacerlo) refleja la propia dinámica en que son percibidas, que no es la dinámica del sistematizador, sino de aquél que en un momento y situación de extrema tensión recibe un mensaje divino en imágenes.

No erraban los reformadores que le veían poco provecho y enormes dificultades teológicas al Apocalipsis. Efectivamente, puestos a hacer teología en forma doctrinal, el aporte del Apocalipsis resulta, cuando menos, confuso, comparado con los beneficios de Pablo, el Juan del Evangelio, o el tratado conocido como “a los de Hebreos”. Por ejemplo, la figura del hijo del Hombre que viene en las nubes, tomada del libro de Daniel, en los primeros capítulos tiene total dimensión cristológica. Pero al final del capítulo 14, tendríamos serias dificultades para mantener esta identificación cristológica de la misma figura. Ciertamente muchos comentaristas lo han intentado, para lo cual deben entrar en alambicadas explicaciones y laberínticas conjeturas. Prefiero en todo caso la sinceridad de Pablo Richard, que reconoce que en el cap. 14 esta figura tiene un carácter abstracto que no es ni histórico, ni cristológico, ni teológico. Es visión y punto.

Pero tampoco se equivocan las y los millones de creyentes simples que, hoy como en el pasado, buscan un mensaje de esperanza en estas abigarradas imágenes. Son aquellas personas que no tienen ya expectativas en que puedan encontrar salvadores humanos o programas de progreso (que son eufemismos para ajustes y exclusiones) que les cambien la muerte que viven por una vida que merezca ese nombre, que han experimentado la historia como dolor y agobio. Y entonces le piden al Dios Absoluto que irrumpa con la fuerza y justicia con las que lo anuncian las imágenes apocalípticas. Se unen al clamor de los mártires que bajo el altar insisten: “¿Hasta cuando, Señor santo y verdadero, vas a tardar en juzgar y vengar nuestra sangre de los que habitan sobre la tierra? (6.10)”.

Engañan y se engañan, en cambio, quienes desde posiciones de poder o aspirando a ellas, desde ámbitos religiosos o políticos, pretenden implementar estas imágenes para inspirar temor, para justificar autoritarismos o presentarse como elegidos, para estimular orgullos sectarios o para ponerle plazos fijos a la acción divina. Y para ello buscan explicaciones donde no las hay, arman esquemas antojadizos. Suplen el carácter parcial y fragmentario, hasta contradictorio que nos proveen las visiones, con injertos de otros

modelos y sistemas que crean para esconder sus propias inseguridades, su miedo a vivir abiertos a la acción inesperada de Dios, su necesidad de autoafirmación, allí donde la visión quiere ser afirmación del otro, del perseguido y del débil.

Por eso no pretendo sacar una doctrina acerca de la existencia humana del Apocalipsis. Apenas recibir del libro algunas inspiraciones que nos ayuden en nuestra vida y oración, porque entiendo que para eso fue escrito. Y que una sana estrategia de lectura debe buscar en el libro aquello que nos ofrece y para lo cual se nos preservó. Bien que, en tiempos y distancias, y por pedido del propio autor, indaguemos para ello en sus imágenes y las interpretemos desde la vida como nos toca vivirla.

## **Ser hermano y consiervo**

Entre las diferentes definiciones que hace de si mismo, Juan también se define como “hermano y compañero en la tribulación, en el reino y en la perseverancia de Jesucristo...”. Esta definición marca otra posibilidad, otro camino de entrada para la lectura del Apocalipsis: la condición humana, y dentro de ella la condición de la y el creyente. El término “hermano” se aplica para referirse a quienes participan en el testimonio y se juegan su vida para constituir esa hermandad: “Entonces se les dio vestiduras blancas y se les dijo que descansaran todavía un poco de tiempo, hasta que se completara el número de sus consiervos y sus hermanos que también habían de ser muertos como ellos” (6.11).

En otro texto, al hablar de la expulsión de Satanás del ámbito celeste, expresa: “Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: ‘Ahora ha venido la salvación, el poder y el reino de nuestro Dios y la autoridad de su Cristo, porque ha sido expulsado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche’. Ellos lo han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, que no amaron sus vidas

hasta la muerte” (12.10-11). De esa manera aparece la idea de que Satanás cumple un papel similar al que se ve en el libro de Job: acusar a las y los creyentes. Si este es el caso, la palabra *hermano* involucraría a todos los y las creyentes, cuya fe es puesta a prueba por las artes de Satanás. Frente a esta función acusadora de Satanás, se contrapone “el amor de aquél que ha dado su sangre para lavar los pecados” (1.5). Los hermanos y las hermanas son capaces de vencer apelando a ese amor mediante su testimonio. Prueban así su fe, y mediante esa prueba destruyen el poder de su enemigo en el ámbito celestial. Su testimonio en la tierra hace posible la manifestación del Reino de Dios. Sin embargo, ese reinado absoluto de Dios que se consagra como definitivo cuando Satanás es expulsado, no hace sino provocar dolor en el ámbito de la tierra. El v. 12 agrega “Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar!, porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo”. El poder absoluto de Dios nunca ha sido cuestionado. Satanás en el cielo no se confronta con Dios, al modo de las religiones dualistas. Dios preside el tribunal en el cual el Diablo actúa como fiscal: su oposición es, no a Dios, a quien sabe que no puede vencer, sino a los hermanos, a los cuales quiere desacreditar. Pero, en la sangre del cordero, es decir, en la acción de amor de Jesús, esa acusación ha quedado definitivamente cancelada. Si la acusación ha quedado cancelada, el acusador ya no tiene tarea, y es expulsado. Sin embargo, lejos de resignarse, extrema su ira ante su fracaso, y trae ese combate al ámbito terreno.

Ahora la acusación de Satanás no será ante el tribunal divino, sino ante los tribunales humanos, y allí los testigos tendrán que llegar hasta el desamor de su propia vida hasta la muerte (12.11). Esta expresión nos descoloca. Comentaristas y traductores se ven en figurillas para que no suene como un *ethos* martirial de connotaciones autodestructivas. Pero hay que reconocer que este texto tiene resonancias de exaltación del martirio. Y creo que debe respetarse en ese sentido. Efectivamente, quienes hemos tenido la escasa fortuna de poder nombrar mártires entre nuestros conocidos y amigos -y se podrían hacer tantos nombres en nuestra América

Latina- sentimos la necesidad de que se reconozca la particular dignidad de su testimonio. Ese testimonio derrota al acusador, pues quienes amaron la vida como el y la que más, no la amaron como “un lugar donde quedarse”, sino como una fuerza que se entrega en la búsqueda del reino que la consagra definitivamente. Por eso la entregan como el Cordero, como señal de victoria. La condición humana es tal que la vida se juega hasta la muerte para afirmar la vida. Quienes hacen eso son los hermanos y las hermanas, y así vencen al acusador que, ya incapaz de sostener esa acusación en el ámbito celestial, ejerce su oficio de muerte en los tristes tribunales humanos, donde su fuerza bestial sigue siendo poderosa.

Sobre el final del libro la condición de hermano reaparece en el diálogo con el ángel. Quien guarda este testimonio se hace consiervo con los propios ángeles. Profetas y testigos constituyen esta hermandad, de los que guardan el sentido de las palabras de esta revelación. Es, pues, hermano quien sabe descubrir en este drama que Juan recibe como visión y plasma en el libro, el sentido mismo de la vida humana y su destino.

Llama la atención que, a diferencia de Pablo y otras epístolas, la palabra hermano no sea usada como designación de los destinatarios del libro total, ni figure en las cartas a las siete iglesias del Asia Menor en los capítulos dos y tres. El ser hermano o hermana no es simplemente el formar parte de una institución o siquiera de una comunidad, sino por el ser testigo de la integridad que requiere la vida en Cristo. Esto puede sonar sectario, ya que divide la comunidad entre quienes son designados como hermanos y hermanas y quienes no. El padecer conjuntamente afirma la hermandad. Hay quienes escapan de este sufrimiento porque prefieren acomodarse y eludir con artes de camuflaje la acusación satánica, en lugar de enfrentarla con la valentía del Cordero. Quienes así obran están condenados y no merecen, para Juan de Patmos, el nombre de hermano, hermana. La condición humana se juega en la integridad para confrontar el mal, no sólo de eludir sus consecuencias.

## ¿Sólo hay “hermanos” o “condenados”?

Sin duda esta posición un tanto extrema de Juan ha alentado las interpretaciones sectarias del libro, y dado lugar a visiones maniqueas de la humanidad. Aquí están los buenos y allí los males. Quien no es hermano es enemigo, hijo de Satanás. Aquí estamos las personas salvadas, fuera de nuestro círculo las personas perdidas. ¿Es realmente así, que el Apocalipsis sólo puede interpretarse en estos términos extremos, en esta visión donde sólo cabe el heroísmo del testigo contrapuesto a la irremediable maldad de los seguidores de Satanás? Debe reconocerse que una lectura rápida parecería afirmar esta dualidad irreconciliable. Sin embargo aquí aparecen algunas de las incoherencias que hemos mencionado al señalar el carácter asistemático del libro. Y la respuesta es más abierta de lo que parece a simple vista. Me sospecho que más abierta que lo que el mismo Juan quisiera.

La mayor parte de los y las comentaristas señalan que esta división es más visible entre quienes tienen el sello divino y quienes llevan la marca de la Bestia. Entremos un poco en detalle en esta contraposición, a modo de texto testigo. En el capítulo 7, en medio de las visiones que se ofrecen al abrirse los sellos del libro, se produce una interrupción al final del sexto sello, y antes de abrirse el séptimo. Esa interrupción está destinada a permitir la actuación del ángel sellador. Aquí sello es *sfragis*. Indica el anillo, la piedra, o molde con el cual se aplica una señal que establece la propiedad de un bien, que se aplica para certificar la autenticidad de un documento, o su inviolabilidad. Es la misma palabra que se usa en el cap. 5 para indicar los sellos que impedían abrir el libro, y que están siendo abiertos en el desarrollo de la visión. Con el sello divino son separados, entonces, una cantidad de miembros del antiguo Israel, doce mil por tribu. Es decir, que todas las personas selladas, a esta altura del libro, son de origen israelita, un Israel que históricamente ya había desaparecido para la época en que el libro es redactado. Incluso la lista de las tribus difiere con la lista canónica de Gn 49 y de Ez 48. Esto ya de por sí crea un problema

para cualquier interpretación literalista y marca el sentido metafórico de este texto. Estos sellados serán puestos a salvo de la plaga de las langostas del cap. 9. En el resto del libro no se vuelve a hacer mención de los sellados. Este estar sellado está en función de la visión de las langostas. Pretender extender su significación más allá no puede sino traer confusión, en lugar de clarificar el tema. Hay lecturas históricas posibles de esta situación, pero prefiero simplemente señalar que la única manera de leer esta acción simbólica es referirla al marco redaccional del ciclo de visiones en la cual se produce. Habla de la disposición de Dios de asegurar un remanente de su pueblo en medio de las plagas, de no olvidar totalmente al Israel histórico, aunque modificado.

Pero el texto se hace aún más complicado cuando se compara esta referencia a estos ciento cuarenta y cuatro mil sellados con la caracterización de los ciento cuarenta y cuatro mil del cap. 14, que nada tienen que ver con una referencia veterotestamentaria. Estos otros llevan escrito el nombre de Dios y del Cordero en la frente, y siguen al Cordero dondequiera que vaya. Se caracterizan por su virginidad y claramente se establece que son las primicias para Dios y el Cordero. Si estos son las primicias, ¿quiénes les siguen? De momento, la pregunta queda abierta. El intento de algunos autores por conciliar las características y lugar narrativo de ambos grupos de ciento cuarenta y cuatro mil no se pueden hacer sin forzar los textos.

Pero tampoco con esto se agotan los problemas para definir a los seguidores y las seguidoras del Cordero. Porque después de la primer mención de las personas selladas, en el cap. 7, se habla de otra multitud, que está delante del trono (podría significar su pertenencia divina, su estar en el ámbito celeste), pero que proviene de entre todas las naciones, tribus, pueblos y de toda lengua. Estos otros cantan las doxologías del Cordero. Han pasado la gran tribulación y han lavado sus ropas en la sangre del Cordero. Son evidentemente humanos, que han tenido que vivir sobre la tierra y están ahora entre las y los fieles que participan de la alabanza celeste. Si fueron muertos y están ahora resucitados ante el trono, o si es un anticipo visionario de generaciones venideras, no es una

especulación que tenga mucho sentido. La temporalidad celestial no se compadece de los “antes y después” de la temporalidad terrena. La tentativa de algunos autores de asimilar esta gran multitud con los sellados de los versículos anteriores, para confirmar un sentido sectario, está negada en el propio libro. La multitud es tal que “nadie podía contar”, en contraposición al número tan preciso que se da en el caso anterior. Además, son expresamente de “todo pueblo, nación, tribu, lengua” lo que excede la lista cerrada de las tribus israelitas. Esto hace evidente que ni los sellados del cap. 7, ni los otros ciento cuarenta y cuatro mil que tienen el nombre de Dios y el Cordero en las frentes, del cap. 14, son los únicos redimidos, y no constituyen la secta especial de los salvados. Una interpretación que no esté obsesionada por justificaciones sectarias, o a forzar una racionalidad histórica en el texto, tiene que aceptar que aquí hay una presencia amplia y plural de personas redimidas, y que no todos tienen el mismo origen ni la misma heroicidad.

Por otro lado están los y las que tienen la marca de la bestia. Esta parte de la humanidad es presentada por primera vez en el cap. 13, cuando se habla del dominio que impone la bestia a toda la humanidad. La palabra usada aquí es *jaragma*, marca, estigma, acuñación. No es la misma que se usa para los sellados de Dios. Los y las comentaristas generalmente saltan este detalle, que sin embargo debería llamar la atención porque en este caso el lenguaje es constante y consistente. Las siete veces que se usa la palabra *jaragma* en Apocalipsis (en el N.T. sólo se usa una vez más, en Hch 17.29, cuando Pablo dice que lo divino no tiene imágenes), es siempre en alusión a esta marca de la bestia en sus seguidores y seguidoras (Ap 13.16 y 17; 14.9 y 11; 16.2; 19.20 y 20.4). Indica, a mi entender, algo distinto y más profundo que un tatuaje. Indica que uno está acuñado indeleblemente con el estigma de la bestia, que se ha asumido su carácter. Precisamente, nuestra palabra “carácter” deriva de la misma raíz que *jaragma*. A diferencia de *sfragis*, sello, que es un signo de propiedad que no modifica la naturaleza de lo marcado, aunque sí su significación, el *jaragma* constituye a lo marcado, como una moneda sólo lo es en la medida en que esté acuñada. Es interesante notar que en Hebreos se dice que Cristo tiene el *jarakter* de Dios, es decir, una total identidad. Quienes se



asocian al poder despótico propio de la bestia, a su naturaleza homicida y absolutizadora, asumen el carácter de la bestia, se incluyen en la misma dinámica, se identifican con ella, adoran su imagen. Lo bestial, que busca enseñorearse de las vidas de las y los demás, y por ello produce muerte, es parte también de la condición humana. Es que la misma bestia es una dimensión humana, pese a su apariencia y origen demoníaco: “Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento cuente el número de la bestia, pues es número de hombre” (13:18).

Pero la humanidad no queda limitada a quienes tienen el carácter de la bestia y a quienes tienen el sello divino. Si eso fuera así, el juicio final, en que cada uno y cada una es juzgada de acuerdo a sus obras (20.13) no tendría sentido. En el libro de la vida no sólo están escritos los nombres de los sellados, sino una porción mucho más amplia de la humanidad. Hay seres humanos confundidos e indefensos, que no tienen la heroicidad de los testigos, pero tampoco encarnan el carácter de la bestia. No están entre los y las que cantan victoriosos las doxologías celestes, pero tampoco son los y las homicidas y tiranos que se gozan en el dolor ajeno. Esta multitud aparece al final para ser juzgada según lo que han hecho. Su conducta con respecto a la vida, propia y ajena, será lo que decidirá. Los que quedan afuera son “los cobardes e incrédulos, los corruptos y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y mentirosos” (21.8). Pero por otro lado, en la Nueva Jerusalén tendrán parte las naciones que hayan sido salvadas, que andarán a su luz, y aún los reyes, que traerán su gloria y honor a ella (21.24).

Es inútil querer salvar las contradicciones y lagunas que presentan estas imágenes y hacer un tratado sotereológico con este texto. No es el propósito de la visión ni el de la descripción del visionario resolver los problemas teológicos de las generaciones venideras. En sus visiones percibe y comunica un sentido y una esperanza. Y también muestra pinceladas de una imagen más amplia y compleja que no alcanza a expresar en toda su extensión. Hay preguntas y situaciones que no quedan resueltas porque el texto no está para resolverlas. Pero nos deja indicios, ventanas abiertas, para mirar un panorama más amplio. Se ha encargado de mostrar

cómo son las primicias, y sabe que hay más que primicias. Interpretar el libro como si sólo existiese aquello de lo que habla directamente es cerrar una profecía que intencionalmente ha quedado abierta. Le interesa, por su situación histórica, contar la historia de héroes y villanos. Pero también se dejan ver en el trasfondo otras multitudes, que no son heroicas ni malvadas, y de las que Dios también tiene compasión.

## Lo humano como temporalidad

Entre todas las cosas complejas que tiene el libro del Apocalipsis, no es la menor el tratar de captar el sentido del tiempo. Como ya señalamos en relación con el cap. 20, y lo han destacado varios autores y autoras, el tiempo en el Apocalipsis aparece como una entidad escurridiza, zigzagueante. Las reglas de concordancia de los tiempos verbales son ignoradas totalmente por el visionario. Es que la misma visión nos da una clave al señalarnos que anticipa un tiempo sin tiempo, ¡vaya paradoja!: “El ángel que vi de pie sobre el mar y sobre la tierra levantó su mano hacia el cielo y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él, *que el tiempo no sería más*, sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él comience a tocar la trompeta, el misterio de Dios se consumará, como él lo anunció a sus siervos los profetas” (10.5-7).

La imposibilidad que supone narrar un tiempo sin tiempo es una de las tensiones que hacen del libro del Apocalipsis irreductible a la forma de pasos, etapas o dispensas que algunos intérpretes suponen. Por que el espacio celeste, el espacio de Dios, es un espacio sin tiempo. El tiempo transcurre en una esfera, la terrena, que es vista y comparada con otra que no se ordena por el tiempo, porque en ella el ser y el devenir son simultáneos, es eterna. Lo que pasó aún es, y lo que vendrá se anuncia como ya ocurrido. No pretendo yo, ni puede suponerlo el mismo Juan, que esto se entienda, porque es, justamente, incomprendible para el ser humano, que es,

al decir de Heidegger, “un ser amasado de tiempo”. Justamente esto es lo que marcará uno de los elementos que conforman la condición humana en el Apocalipsis: vivimos en el tiempo, y experimentamos las limitaciones -al ser, al conocimiento, a la identidad, a la propia vida- que impone la condición temporal. Esto hace que el ser humano conozca el límite temporal que no experimentan los seres divinos: la muerte. Lo que caracteriza al ser humano, en el Apocalipsis, es que puede morir y va a morir. El árbol de la vida quedó encerrado en el paraíso rural del Génesis y sólo reaparecerá para dar sus frutos en el paraíso urbano de la Nueva Jerusalén.

Quien probará este disgusto es sobre todo Satanás. Al ser expulsado del cielo y ser convertido en un ser terreno, Satanás se hace vulnerable a la temporalidad, su poder se hace un poder que domina a los humanos, pero que es limitado en ese dominio. Él puede dominar porque le es dada la capacidad de hacer guerra y matar (13.7). Pero justamente en ello probará que la muerte, a su vez, conforma el límite de su poder. Una vez que ha matado, no puede hacer más nada. En cambio Dios le puede dar vida a quien Satanás ha matado. Esto posibilitará el drama que muestran las imágenes finales del Apocalipsis con la derrota y aniquilamiento de las fuerzas satánicas y del propio Satanás, que a diferencia de los esquemas dualistas, sí puede morir; eso justifica también las imágenes apocalípticas de la resistencia humana al poder satánico en la resurrección.

No podemos, a esta altura de nuestra charla, entrar de lleno en el tema de la concepción de la polaridad vida/muerte en el Apocalipsis. Pero haremos al menos algunas referencias para señalar la importancia de este eje en la comprensión de la condición humana que nos muestra el texto del Revelador. Una primera constatación es la existencia, en la primera creación, de tres ámbitos: el celestial, que es la morada divina; el inferior, que es la morada de la muerte; y la tierra, que es el ámbito del tiempo (ver, p. ej. 5.3). Efectivamente, el ámbito celestial es un ámbito sin tiempo, ya que en él vive el que mora por los siglos. Los seres celestiales, sean divinos o hayan pasado por la experiencia humana, no están

expuestos a las limitaciones temporales, especialmente, entre ellas, la muerte. El trono está rodeado de seres vivientes, y lo preside el que era, y es, y será, el que estuvo muerto pero he aquí que vive. Es, como dicen los costarricenses, “pura vida”. En el otro extremo, tampoco el espacio absoluto de la muerte, el Hades, es afectado por el tiempo, al menos mientras exista. La muerte es también un ser sin tiempo. Pero a diferencia del caso del cielo, es sin tiempo porque es sin vida. No hay transcurso ni devenir. De hecho, en la muerte no pasa nada. El Hades sólo aparece en el cap. 6, siguiendo al caballo de la muerte para recoger lo que deja a su paso la guerra, el hambre, la peste y las bestias, y en el 20 para entregar a sus muertos y disolverse. Este espacio sin vida sólo puede ser abierto por el Señor de la Vida, que tiene las llaves del Hades (1.18).

Pero entre ambos espacios donde el tiempo no tiene vigencia, aparece el espacio decisivo de lo humano, de lo terreno, de lo que transcurre, y por lo tanto, es temporal. Allí es donde verdaderamente se juega el drama, ya que vida y muerte confluyen. Pero este espacio es un espacio donde reina la incertidumbre, el dolor, los conflictos. Las visiones de los sellos, las trompetas, las copas, con sus pestes, guerras, dolores, muestran la visión de la historia de los y las que siempre la han experimentado desde el no-poder. Justamente la ilusión que la bestia usa para engañar a los seres humanos es que esos problemas se solucionan desde el ejercicio del poder frente a los y las demás: “y adoraron al dragón que había dado autoridad a la bestia, y adoraron a la bestia, diciendo: ‘¿Quién como la bestia y quién podrá luchar contra ella?’” (13.4).

Este poder busca dominar la vida, y al dominarla hacerla vida hacia la muerte. En su soberbia y ambición los poderosos, reyes y mercaderes han transformado la vida humana en una mercancía. Cuando se relata la endecha de los comerciantes ante la Babilonia caída, éstos se lamentan por que ya no podrán comerciar, y cito solo el final de la lista, “canela y especias aromáticas; incienso, mirra y olíbano; vino y aceite; flor de harina y trigo; bestias y ovejas; caballos y carros; cuerpos y vidas humanas” (18.13). Esto es el resultado del poder de la bestia, ya que trata de imponer su marca, imprimir su carácter “a todos, grandes y pequeños, ricos y pobres,

libres y esclavos, y quien no tiene su marca no puede comprar ni vender (13.16-17).

Sin embargo, cuando ese poder no puede ponerlos a salvo del sufrimiento, entonces invocan a la misma muerte para que los libre: “En aquellos días [de la plaga de las langostas] los hombres buscarán la muerte, pero no la hallarán; ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos” (9.6). Porque en su soberbia, prefieren la muerte antes que renunciar a su poder. Así, al final de esa serie de plagas se constata que “los demás hombres, los que no fueron muertos con estas plagas, ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos ni dejaron de adorar a los demonios y a las imágenes de oro, plata, bronce, piedra y madera, las cuales no pueden ver ni oír ni andar” (9.20). Algo similar se constata cuando se derraman la cuarta y la quinta copa, trayendo fuego y tinieblas respectivamente: “Los hombres fueron quemados con el gran calor y blasfemaron el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas, y no se arrepintieron para darle gloria” (16:9), “y blasfemaron contra el Dios del cielo por sus dolores y por sus úlceras, y no se arrepintieron de sus obras” (16.11). Pero en un caso, cuando Dios muestra el poder de la vida enviando a su espíritu para levantar a los testigos-profetas que habían sido asesinados, ocurre que “en aquella hora hubo un gran terremoto y la décima parte de la ciudad se derrumbó. Por el terremoto murieron siete mil personas. Las y los demás se aterrorizaron y dieron gloria al Dios del cielo” (11.13).

No vamos a detenernos en la interpretación detallada de los capítulos finales. En ellos se muestra el triunfo del jinete que esgrime la palabra de Dios, la resurrección de las personas justas, la aniquilación de las personas malvadas y el juicio final de Dios. Allí se muestra verdaderamente en qué consiste el señorío de Dios sobre la historia. La historia opaca y ambigua, pero en donde se mostró verdaderamente la condición humana de cada ser humano, cede para dar lugar a la suprahistoria, la historia de la vida que estaba oculta en ella. Y así, la muerte es disuelta, y los poderes que podían operar porque la muerte aparecía como una amenaza a los seres humanos, desaparecen. Al disolverse el tiempo con la consumación plena de la voluntad divina, se deshacen las realidades

temporales. Pero lo que es vida en ellas es rescatado, porque está en el libro de la vida del Cordero degollado.

La Nueva Jerusalén, con su árbol de la vida que da fruto permanente, es el nuevo paraíso urbano. Pero el tiempo ha dejado de transcurrir. Por eso no hay vuelta al pasado. Si en algo tiene razón la interpretación futurista es que la salida humana nunca está en una vuelta al pasado. El tiempo transcurre inexorablemente. En esa búsqueda de la vida hacia adelante está el sentido de la vida humana, su verdadera condición. Porque finalmente, será en esta Nueva Creación que Dios dispone por encima de la primera, que “El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (21.3).

## Un mensaje para los siglos venideros

La vida humana es aquella, la que es vida sin muerte, la recreada. Entre tanto la muerte ha sido un límite, no para la vida humana sino para el mal que se ha apoderado de ella, para la bestia que la ha marcado. Por eso los y las que mueren la muerte que impone la bestia viven la vida del Cordero degollado. Los y las santas, profetas y testigos (mártires) son las personas que muestran el poder de la vida más allá de la muerte. No están dispuestas a someterse al poder de la muerte ni aún muriendo. Afirman la vida en última instancia. La lógica de la muerte no las asusta porque han suscripto a la lógica de la vida. Saben que la condición humana “en Dios” es la condición del ser humano vivo, porque es la creación del Dios vivo. Los y las que se han dejado marcar por la bestia se han dejado marcar para la muerte, pero la voluntad de Dios es la fuerza de los seres vivientes. Los que rodean al trono son los seres vivientes. La lógica homicida del poder que produce muerte no es la lógica que Dios impone, es la lógica que se desata cuando se abren los sellos que tienen encerrada la acción histórica de los seres humanos, cuando se derraman las copas donde se ha acumulado la ira de Dios como consecuencia de la propia acción

humana. Dios no impide que los seres humanos tengan que asumir totalmente las consecuencias de sus actos, incluyendo en ellos la ira que despiertan en el creador. Pero cuando finalmente la acción soberana de Dios se ejerce irrestrictamente, muere la muerte, el mal se limita al abismarse en si mismo como mal, de tal manera que se destruye como mal para dejar que solo la vida subsista. La historia, como ámbito donde existen las actitudes que conllevan muerte cede su lugar a esa suprahistoria, que estaba encerrada en ella en su opacidad, que es la historia de la vida sin muerte. El ser humano es sujeto de esa historia por que es su artífice y sentido. Cuando ciertas tendencias filosóficas hoy hablan de la muerte del sujeto, están proponiendo, en última instancia, la muerte de lo humano, por que el ser humano sólo puede ser sujeto, y si no es sujeto, no es humano. Eso es lo bestial.

La vida, la vida concreta de la persona humana, es el horizonte último. Todo ocurre para que haya vida. Pero si no hay libertad, si se vive en el carácter de la bestia, no hay vida, es la muerte anticipada. La afirmación radical de la libertad, de la libertad entendida como amor, es decir, como presencia de la vida divina en nosotros y nosotras, es el único espacio donde la vida es vida y no un simple entremés tragicómico camino hacia la muerte.

Cuando hoy hablamos y reconocemos una pluralidad de sujetos, reconocemos una diversidad de formas de ser humano. Porque lo que constituye en todos ellos lo humano es el ejercicio de esa libertad que nos hace diversos. Porque en el Apocalipsis es la voluntad de la bestia de someternos a todos a una única marca, a la condición final de mercancía, lo que acarrea la muerte. El testimonio, en ese caso, no es renuncia a la vida, sino afirmación de la libertad, la condición que nos hace sujetos. Por eso la historia del Apocalipsis, como decíamos en la primer jornada, no puede leerse nunca como un determinismo, y menos como un determinismo fatalista. El único límite de la historia es su temporalidad, lo único que de alguna manera la determina. Todo lo demás es abierto, según la disposición o no del ser humano a vivirla como humano. Puede vivirla en la búsqueda y ejercicio del poder bestial, que es lo que actualiza e impone el límite de la muerte. O por el contrario, elegirá vivirla al

modo del Cordero, en libertad y construyendo la libertad de los otros, a vivirla como hermano.

Pero, hablando de la condición humana, quisiera decir una sola palabra final de la presencia de Dios. Porque el primer acto de Dios en el ejercicio total de su voluntad es enjugar las lágrimas de los humanos. La primera acción de Dios en su omnipotencia es, podríamos decir, la acción de la madre que mimaba al hijo o la hija que ha caído y al que ahora ayuda a levantarse. “Está bueno -le dice- ya pasó, ya no duele más, ya no hay por qué llorar, no hay más que protestar”. Y confirma: “Ya no hay más muerte”.